

Carlos Taibo

# El conflicto de Chechenia: una guía de urgencia

*Carlos Taibo es profesor de Ciencia Política y director del programa de estudios rusos del Instituto de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Entre sus libros se cuentan **La Unión Soviética de Gorbachov** (Fundamentos, 1989); **La Europa oriental sin red** (Catarata, 1992, 2ª edición); **Unión Soviética: la quiebra de un modelo** (Catarata, 1991); **Los conflictos yugoslavos** (Fundamentos, 1994, 2ª edición); **La Unión Soviética (1917-1991)** (Síntesis, 1994, 1ª reimpresión); **Las fuerzas armadas en la crisis del sistema soviético** (Bakeaz-Catarata, 1993), **Los cambios en el Este: una guía introductoria** (Universidad Autónoma de Madrid, 1994) y **La disolución de la URSS** (Ronsel, 1994). Ha publicado también, en gallego, los volúmenes **O castelo de fogos** (Novo século, 1991) y **Europa sen folgos** (Sotelo Blanco, 1994). Es colaborador de **Bakeaz**.*

*En el conflicto de Chechenia encuentran reflejo todos los grandes problemas que se hacen sentir hoy en el horizonte de la Federación Rusa: renacimiento de un discurso imperial, autoritarismo creciente y despliegue espectacular de una omnipresente economía de la mafia. Son visibles, también, los efectos de muchas de las arbitrariedades que se han ido acumulado durante siglos en una región convulsa: el Cáucaso norte. De por medio se encuentra, en fin, una dramática legitimación internacional de la acción militar asumida por Rusia a finales de 1994, en un conflicto que configura un peligroso precedente para otros muchos escenarios en la Europa central y oriental.*

## ÍNDICE

1. Chechenia y los chechenos	1
2. La Chechenia de Dudáyev	4
3. La Federación Rusa en la arena chechena	6
4. Conclusiones	9
Bibliografía	11

# 1

## Chechenia y los chechenos

### ■ ¿Qué es Chechenia?

Chechenia es uno más de los pequeños países situados tierra adentro, al norte de la cordillera del Cáucaso, entre los mares Negro y Caspio. Con capital en Groznii y ubicada en el interior de la Federación Rusa, hasta 1992 su territorio se vio integrado en la llamada república de Chechenia-Ingushetia, que tenía una extensión de 19.300 km<sup>2</sup>. Compartía, y compar-

te, zonas montañosas, al sur, y áreas llanas en transición hacia la estepa rusa, al norte.

Tierra de fricción entre culturas y religiones, en el Cáucaso norte no se han hecho sentir ni una plena rusificación ni una cabal musulmanización. Aunque no han faltado poderosos elementos de confrontación entre las etnias locales, la región presenta cierta unidad de identidades, asentada acaso en el carácter resistente que, en el pasado, han mostrado los habitantes de las zonas montañosas. En la literatura rusa, y en la propia literatura local, la imagen de éstos ha sido siempre la de gentes hospitalarias, orgullosas y destemidas, muy difíciles de someter.

En 1989 el número de habitantes de Chechenia-Ingushetia ascendía a 1.400.000. De ellos, un 58% eran chechenos, un 13% ingushetios y un 23% rusos. El porcentaje de población rusa se había reducido en un 6% con respecto a los niveles de 1979, acaso por efecto de la relativa crisis de la industria petrolífera; la presencia de los rusos era particularmente significada en los centros urbanos. A partir de 1991 se verificaron dos procesos de innegable importancia demográfica. Por un lado, y como veremos, la declaración de independencia de Chechenia se tradujo en el éxodo de una parte, difícilmente cuantificable, de la población rusa. Por el otro, la separación de Ingushetia, que en 1992 desgajó 2.000 km<sup>2</sup> de territorio y 230.000 habitantes, por lógica redujo de manera notable el porcentaje de ingushetios residentes en los 17.300 km<sup>2</sup> restantes.

Al margen de los chechenos presentes en su república, fuera de ella residen algunas comunidades chechenas impor-

tantes. Así sucede, en particular, en la vecina Daguestán, en algunos lugares del Asia central a los que habían sido deportados ciudadanos chechenos en 1944, y en Moscú y otras grandes ciudades de Rusia.

Aunque la mayoría de los chechenos son musulmanes sunnitas, hay que convenir que hasta hace bien poco los signos de identidad religiosa eran débiles: al igual que en otros escenarios, la religión era ante todo un elemento de identificación cultural. Por lo que a la lengua se refiere, el checheno y el ingushetio son dos dialectos de una lengua caucasiana que, conocida con el nombre de naj, incorpora préstamos del árabe, el persa, el turco, el georgiano y el ruso. En 1979 un 98,6% de los chechenos identificaban en el checheno su lengua materna, si bien un 76% declaraban que el ruso era su segunda lengua. En el sistema educativo el checheno ocupaba, sin embargo, un lugar marginal, en franco retroceso.

Los primeros intentos, más bien baldíos, de desarrollar una literatura en checheno se produjeron en Georgia a mediados del siglo XIX y se sirvieron del alfabeto cirílico. Esta circunstancia suscitó más de un conflicto, toda vez que en Chechenia se utilizaba cotidianamente el alfabeto árabe. Es más: las manifestaciones literarias se servían de la propia lengua árabe. Hubo que aguardar a los primeros años de la época soviética para que en Chechenia se emplease el alfabeto latino, definitivamente sustituido, en 1938, por el cirílico.

## ■ La historia

■ **Hasta el siglo XX.** El Cáucaso norte es un espacio geográfico en el que se hace sentir una enorme diversidad étnica. Por él han pasado, y en él se han quedado, numerosos pueblos. Baste con mencionar los nombres de escitas, alanos, ávaros, jázaros o turcos. Si en el siglo IV penetró el cristianismo en la parte más occidental del Cáucaso, hubo que aguardar al siglo VII para que el Islam se hiciese fuerte en la porción más oriental.

En el siglo XIII, y al amparo del “janato de la horda de oro”, con centro en el propio Cáucaso norte, los mongoles pasaron a controlar el grueso del territorio de Rusia. El yugo mongol se desvaneció, en fin, a caballo de los siglos XIV y XV, de la mano de Timur y de Tamerlán, que ocuparon el conjunto del Cáucaso. A partir del XVI, y a través ante todo de los cosacos, empezó a hacerse sentir la presión de Rusia en las estepas septentrionales. Esa presión se acrecentó sensiblemente en la segunda mitad del siglo XVIII y abrió el camino a la incorporación, muy conflictiva, del Cáucaso norte al imperio ruso.

De manera más específica, los chechenos parecen ser descendientes de tribus caucasianas que, acaso en el siglo V, buscaron refugio en las montañas tras la invasión alana. Por lo común se trataba de nómadas dedicados a la ganadería y organizados en clanes patriarcales. A finales del siglo XVIII se verificó entre ellos la definitiva penetración del Islam.

Como un hito más del proceso antes reseñado, también a finales del XVIII se hizo evidente la intención rusa de conquistar el territorio ocupado por los chechenos. La resistencia de éstos la encabezó, entre 1785 y 1791, Mansur Ushurma. Más adelante, entre 1834 y 1859, Shamil dirigió una “guerra santa” contra los rusos. En 1864 remataba, en fin, la “guerra caucasiana”, y se producía un masivo éxodo de gentes del Cáucaso norte —muchos de ellos chechenos— hacia el Oriente Medio.

■ **La época soviética.** El triunfo de la revolución de febrero de 1917 suscitó en el Cáucaso norte renovadas esperanzas de que las cosas iban a cambiar y de que la férula imperial rusa, en particular, se iba a desvanecer o, al menos, a mitigar. En los años siguientes, extremadamente convulsos, se hicieron notar

muchas alternativas. A un intento de creación de un estado independiente en la zona oriental del Cáucaso le acompañaron la configuración de una república socialista en territorios más centrales y una encendida oposición, en su momento, a los ejércitos blancos de Denikin, percibidos como el signo de una amenaza rusa más.

A finales de 1919 se procedió a constituir un emirato del Cáucaso norte en el que participaban daguestanos, chechenos, osetios y kabardinos. En 1921 el emirato fue disuelto por los bolcheviques con promesas de cierto grado de autonomía que luego no fueron satisfechas. Tras la efímera creación de una “república soviética autónoma de las Montañas”, en 1922 se optó por la fragmentación de esta última, acompañada entonces de un efectivo desarme de los grupos resistentes y de una incorporación a las estructuras territoriales de la Federación Rusa.

Secuela de ese proceso de fragmentación del Cáucaso norte fue, en 1922, el reconocimiento de una región autónoma de Chechenia, pronto seguido, en 1924, del de otra de Ingushetia. Los restos que pudieran quedar de fórmulas autótonas de organización social y política experimentaron una nueva agresión de resultados del programa de colectivización desplegado a partir de 1928. Ocho años después la nueva Constitución soviética daba nacimiento a una “república socialista soviética autónoma (RSSA) de Chechenia-Ingushetia”.

En 1942 el ejército alemán alcanzó el Cáucaso y realizó promesas de reconocimiento de la soberanía de los pueblos que mostrasen una voluntad colaboradora. Aun sin pruebas de una activa colaboración de los chechenos con el invasor nazi, en 1944 las autoridades soviéticas tomaron dos decisiones asentadas en un visible criterio étnico, toda vez que ningún esfuerzo se hizo para distinguir a presuntos colaboradores de otras gentes: si por un lado la RSSA de Chechenia-Ingushetia fue abolida, por el otro se decretó la deportación, con destino al Asia central, del grueso de la población chechena. Unas 400.000 personas fueron deportadas, y de ellas unas 100.000 perdieron la vida. El procedimiento se hizo valer también con ingushetios, karachais, kalmukos, balkares y turcos mesjetas de Georgia, todos ellos recibidos como criminales y delincuentes en los lugares de destino.

El territorio de Chechenia-Ingushetia fue distribuido entre las repúblicas limítrofes, y muchas de las casas de los deportados pasaron a manos de nuevos colonos. La rehabilitación oficial no se produjo hasta 1957, si bien en los años anteriores algunos deportados habían iniciado ya el retorno; significativo es, por ejemplo, que en 1956 se registrasen incidentes con los nuevos colonos rusos. La RSSA de Chechenia-Ingushetia fue finalmente reestablecida en 1957, bien que con algunos cambios, en su perjuicio, con respecto a las fronteras anteriores a 1944. Conviene recordar que las repúblicas socialistas autónomas —que a la postre eran cuatro en el Cáucaso septentrional: Daguestán, Chechenia-Ingushetia, Kabardino-Balkaria y Osetia del Norte— tenían menores atribuciones que las repúblicas federadas —tal condición correspondía, por ejemplo, a Georgia, Armenia y Azerbaiyán—, pero se hallaban por encima, en la jerarquía, de las llamadas “provincias autónomas”, como Adigueya o Karachai-Cherkessia.

Desde 1957 hasta la etapa de perestroika, Chechenia-Ingushetia siguió avatares semejantes a los del resto de la URSS. Los últimos años de Jrushchov anunciaban ya una vuelta atrás en el reconocimiento de los derechos nacionales; ese reflujo se confirmó plenamente, a partir de 1964, de la mano de Brézhnev. El período de gobierno de éste se vio marcado por un impulso hipercentralista, por el acuñamiento de conceptos como el de “pueblo soviético” y por un retroceso en lo relativo al empleo de las lenguas nacionales y a la libre manifestación de las culturas correspondientes. En esos años, la “ingeniería étnica” soviética funcionó visiblemente con un objetivo: rebajar al mínimo posible el peso de las diferentes identidades nacionales.

■ **La perestroika.** Tampoco fue muy singular la deriva de Chechenia-Ingushetia en la etapa de perestroika. A tono con lo que ocurría en otros muchos lugares, en 1988 surgió un Frente Popular que hizo de la resolución de los problemas ecológicos uno de sus principales objetivos; particularmente significadas fueron las protestas contra la construcción de un complejo bioquímico en Gudermes, en el este de la república. Otras organizaciones políticas que surgieron al calor de la perestroika fueron el Partido Democrático "Vainaj", el Comité "Bart" y la sociedad "Kavkaz".

Pese al nacimiento de fuerzas como las anteriores, la dirección del Soviet Supremo de Chechenia-Ingushetia siguió en manos de miembros de la nomenklatura de la república, y a través de ella del Partido Comunista local. En 1990, en particular, un miembro de éste, Doku Zavgáyev, fue elegido presidente del citado Soviet Supremo.

En 1989 y 1990, por otra parte, fueron principalmente chechenos quienes impulsaron la creación de la Confederación de Pueblos Montañeses del Cáucaso (CPMC). En el otoño de ese mismo año Chechenia-Ingushetia fue una de las repúblicas del Cáucaso norte que se declararon soberanas y reivindicaron una condición semejante a la que disfrutaban las repúblicas federadas soviéticas de Georgia, Armenia y Azerbaiyán.

Un cambio sustancial en el panorama se produjo, en fin, a finales de 1990, cuando vio la luz una nueva formación política: el Congreso Nacional del Pueblo Checheno, presidido por Dzhohar Dudáyev, un general soviético que había estado destinado con anterioridad en Afganistán y en Estonia. El Congreso entró en pronta confrontación con el Soviet Supremo, cuya defensa del concepto de soberanía estimaba poco calurosa, y durante varios meses padeció una represión más o menos aguda. En lo que parecía un signo de divergencia entre las autoridades republicanas y el nuevo poder que aparecía en Rusia de la mano de Yeltsin, Chechenia-Ingushetia fue una de las repúblicas rusas que se negó a

organizar, en marzo de 1991, el referéndum sobre la institución presidencial.

■ **La economía**

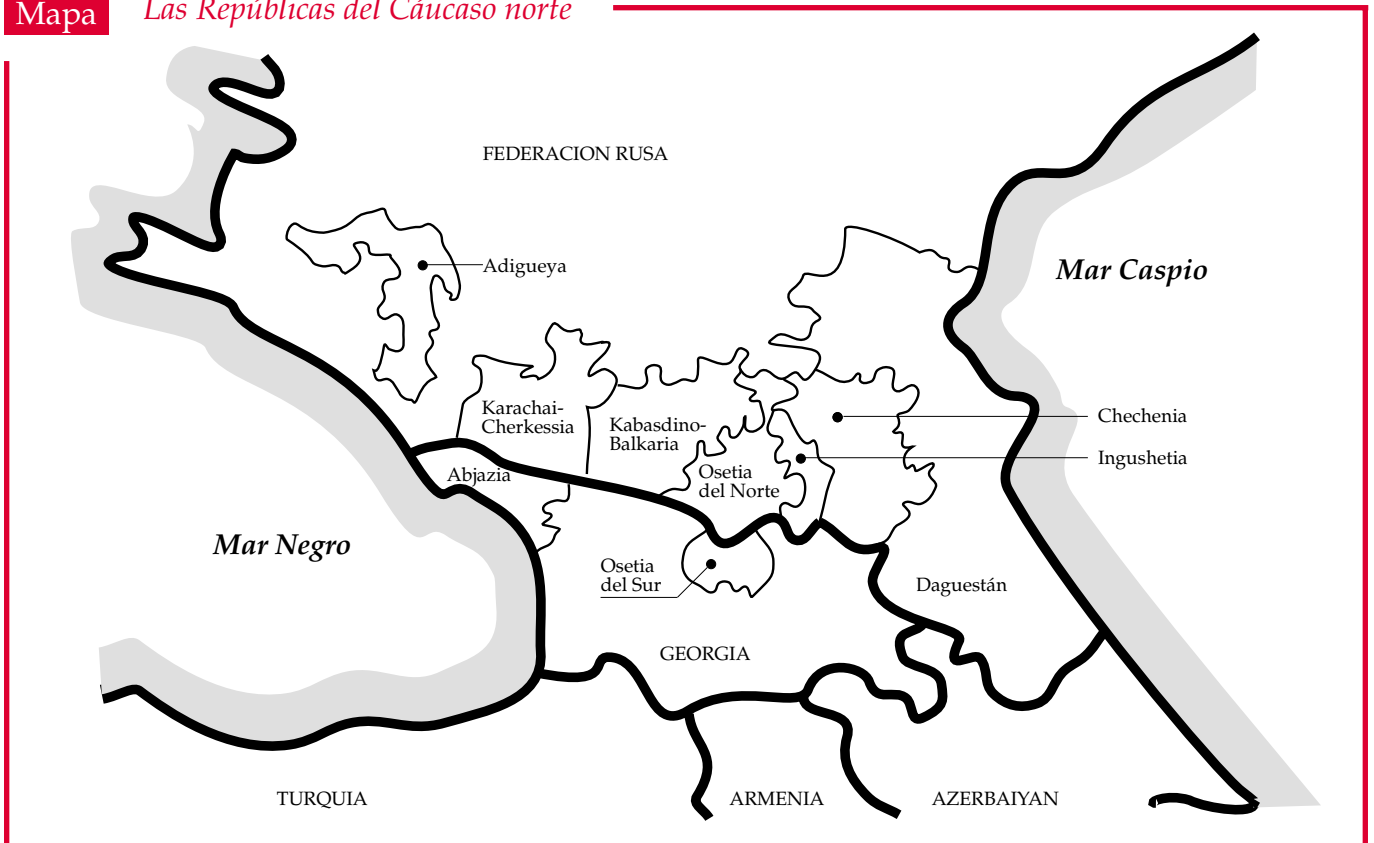
Hasta la época soviética se hicieron valer en el Cáucaso Norte dos economías: si la primera lo era de subsistencia ganadera, fundamentalmente en las montañas, la segunda se materializaba, en las llanuras más septentrionales, en una agricultura relativamente próspera.

A partir de los años treinta de este siglo, y merced a las políticas estalinianas, se desplegaron en Chechenia-Ingushetia de manera casi simultánea, y en un marco de visible irracionalidad, tres procesos: una acelerada colectivización de la tierra, el desarrollo de una industria estrechamente ligada a la explotación del petróleo y un rápido crecimiento de las ciudades. Así las cosas, se produjo un choque entre el sistema tribal y clánico, por un lado, y la modernización suscitada por la colectivización y la industrialización aceleradas, por el otro. Un signo de los efectos de estas últimas fue, acaso, la relativa liberación de la mujer, participante más o menos activo tanto en la política como en la economía y el sistema educativo.

No es difícil caracterizar la economía chechena de nuestros días. Su sustento principal ha seguido siendo un sector industrial estrechamente vinculado a los complejos de extracción y refinado de petróleo. Aunque los yacimientos de este último tienen cierta importancia, son patentes el progresivo agotamiento de muchos pozos y la paralela necesidad de acrecentar las inversiones en la explotación. Pese a que la industria alimentaria y otras industrias ligeras adquirieron cierto auge, por otra parte, en los últimos decenios, Chechenia-Ingushetia fue víctima, como tantos territorios de la vieja URSS, de una especialización en el trabajo que hizo de ella un país absolutamente dependiente en muchos terrenos.

Por lo que a la agricultura y a la ganadería respecta, la primera ha seguido siendo relativamente próspera en los lla-

**Mapa** Las Repúblicas del Cáucaso norte



nos, como lo atestiguan las cosechas de cereales, girasol, caña de azúcar y frutas. La ganadería, fundamentalmente ovina, ha pervivido, entre tanto, en las zonas montañosas, cuya despoblación ha empezado a ser, sin embargo, un grave problema.

Muchos de los rasgos de la vida económica chechena tienen buen reflejo en la capital: Groznii. La ciudad, que ha crecido sensiblemente al amparo del desarrollo de la industria del petróleo, conserva pese a ello su condición de mercado de productos agrícolas y artesanales. Es también el escenario, como otras partes de la república, de problemas medioambientales que por el momento no han sido atajados.

## 2 La Chechenia de Dudáyev

### ■ La crisis de 1991

Los últimos meses de 1991 fueron un momento singular en toda la Unión Soviética. Tras el fracasado golpe de estado del mes de agosto se acrecentó, de muy diversas formas, el enfrentamiento entre la Federación Rusa, con Yeltsin a la cabeza, y el gobierno soviético presidido por Gorbachov. Para muchos la desaparición de la URSS era inevitable, y con ella el surgimiento de una nueva legalidad. En el marco de ésta empezaba acaso a manejarse un criterio concreto: el reconocimiento de eventuales independencias debía reservarse para las quince repúblicas soviéticas federadas —entre ellas Rusia, Georgia, Armenia y Azerbaiyán—, de tal forma que quedasen excluidos al respecto territorios que, como Chechenia-Ingushetia, tenían un rango político inferior.

Fue el propio fracaso del golpe de agosto lo que abrió el camino a los acontecimientos en Chechenia-Ingushetia. El gobierno “legítimo” de la república se puso del lado del golpe, mientras que el general Dudáyev, y con él el ya mencionado Congreso Nacional del Pueblo Checheno, se enfrentó a aquél. El 15 de septiembre de 1991, con el inicial beneplácito de Moscú, el Congreso Nacional procedió a disolver el Soviet Supremo de la RSSA, destituyó a Zavgáyev, creó un Consejo Supremo Provisional encargado de convocar elecciones y asumió el poder de facto.

Las elecciones anunciadas se celebraron el 27 de octubre. En ellas Dudáyev obtuvo del orden del 85% de los votos, no sin que faltasen acusaciones de irregularidades en la campaña y de falta de limpieza en el recuento. La independencia fue unilateralmente proclamada el 1 de noviembre, dos meses antes de la disolución efectiva de la URSS. El proceso se desarrolló en un marco de evidente ilegalidad —no hubo siquiera un simulacro de referéndum de autodeterminación— que apenas suscitó reacciones, sin embargo, en un momento de singulares convulsiones.

La respuesta inicial de las autoridades rusas consistió en la imposición de un estado de emergencia, en virtud de un decreto de Yeltsin del mismo mes de noviembre de 1991. La medida, que suscitó reticencias en el Ministerio del Interior de la URSS, fue anulada por el parlamento ruso, tras las reticencias expresadas y la evidencia de que una parte de la población chechena estaba dispuesta a asumir una resistencia militar.

Una de las secuelas de lo ocurrido en octubre y noviembre fue el éxodo de una parte de la población rusa residente en Chechenia-Ingushetia. Las estimaciones sobre el número de ciudadanos rusos que abandonaron la república son, sin embargo, dispares. Según una de ellas, un 15% de los algo más de 300.000 rusos presentes en Chechenia-Ingushetia dejó el país en los meses siguientes. Otras fuentes sugieren que

más de la mitad de la población rusa decidió marcharse, mientras que las más aventuradas apuntan que sólo se quedaron, fundamentalmente en Groznii, 60.000 rusos. Parece fuera de discusión, sin embargo, que el gobierno de Dudáyev intentó poner freno al éxodo de los rusos, vitales, entre otras cosas, para mantener en pie la industria petrolífera.

### ■ El régimen de Dudáyev

Es sencillo caracterizar el régimen que, de la mano de Dudáyev, cobró alas en Chechenia-Ingushetia en 1991. El visible apoyo popular recibido por el nuevo presidente —en un fenómeno que recuerda a lo ocurrido en Georgia con Gamsajurdia— permitió que se consolidase una dirección autoritaria y personal. En el trasfondo de ésta se hallaban al menos tres fenómenos: un pacto con muchos de los dirigentes de los clanes locales, una activa militarización de todas las relaciones y un visible crecimiento del poder de redes mafiosas que operaban tanto dentro como fuera de Chechenia.

Más allá de estas circunstancias es evidente que se abrió camino un ostentoso culto a la personalidad. Baste con citar al respecto un ejemplo anecdótico, como es el relativo a la primera emisión de sellos de la Chechenia independiente: si el primero estaba dedicado a Mansur Ushurma, el segundo recogía la imagen de Shamil —a ambos nos referimos en su momento— y el tercero, naturalmente, la de Dudáyev vestido, eso sí, como general del ejército soviético. Aunque la fuente del comentario no es muy solvente, recordemos, en fin, que en la opinión del durante varios años vicepresidente ruso, Ruskoi, el régimen de Dudáyev se resumía en un concepto sencillo: “Puro y simple banditismo”.

■ *La separación de Ingushetia.* El primer hito que hay que reseñar, por su importancia a la hora de definir los problemas político-territoriales en la Chechenia independiente, fue la ruptura de lo que hemos conocido con el nombre de “república de Chechenia-Ingushetia”. La separación de Ingushetia recibió el visto bueno del Soviet Supremo de la Federación Rusa el 4 de junio de 1992, en lo que parecía un reconocimiento, bien que indirecto, de la nueva realidad chechena. Hubo quien interpretó la decisión, sin embargo, como producto del deseo de restarle peso a la Chechenia independiente. En la capital de ésta, Groznii, siguió viviendo, por lo demás, el grueso de la intelectualidad ingushetia.

■ *La política militar.* Desde el otoño de 1991 se ha hecho valer en Chechenia un intento de consolidación de unas fuerzas armadas propias. Al respecto parece haber sido decisivo lo ocurrido en mayo de 1992: la Federación Rusa firmó con lo que todavía era Chechenia-Ingushetia un acuerdo —curioso acuerdo, por cierto, con una entidad política a la que se le negaba reconocimiento— en virtud del cual se preveía la retirada de los contingentes militares rusos y una distribución, a partes iguales, de los arsenales que se hallaban sobre el terreno. A la postre, y por lo que parece, todas las armas se quedaron, de hecho, en Chechenia.

Al margen de lo anterior, el régimen de Dudáyev consiguió proveerse de armas procedentes de varias de las repúblicas del Cáucaso norte y, acaso, de Georgia. Diferentes fuentes apuntan también que, de forma clandestina, el gobierno de Groznii adquirió armamento en la propia Rusia. Conforme a una estimación, en el otoño de 1994 Chechenia contaba nada menos que con un par de centenares de aviones —la mayor parte, bien es cierto, no operativos—, unos cincuenta carros de combate, un centenar de piezas de artillería, una quincena de piezas antiaéreas y un par de helicópteros. El estado del arsenal a disposición de las autoridades chechenas dejaba, por lo que parece, mucho que desear, y no faltaban tampoco graves problemas —sorprendentes, por lo demás, dado el escenario— de abastecimiento de combustible.

A partir del otoño de 1991 Dudáyev se encargó de movilizar, por otra parte, a todos los varones con edades comprendidas entre los 15 y los 55 años. Según las diferentes fuentes, el efecto fue la movilización de entre 30.000 y 60.000 hombres. Muy probablemente, incluso la segunda de estas cifras se vio superada, a partir de diciembre de 1994, tras la acción militar rusa.

■ **La oposición.** Desde 1991 Chechenia ha vivido una permanente crisis política, cuyo signo más claro ha sido una confrontación abierta entre el presidente y el parlamento. De resultados de esa confrontación, en abril de 1993 Dudáyev disolvió el parlamento checheno e instauró una severa censura, circunstancias ambas que propiciaron la configuración de una oposición de perfiles asentados. En la oposición que nos ocupa se dieron cita algunos de los jefes de los clanes tradicionales, ex funcionarios de la época soviética y una parte de la intelectualidad. Los dirigentes más significados de esa oposición han sido Omar Avturjánov —otrora funcionario del Ministerio del Interior, ha operado desde su feudo en el distrito septentrional de Nadterechnii—, Ruslán Labazánov —antiguo capitán de la guardia presidencial, que ha ejercido su influencia desde Urus-Martán, en el sur del país—, Yaragui Mamodáyev —responsable del llamado “gobierno de confianza nacional”—, Beslán Gantemírov —ex alcalde de Groznii y muy próximo, años atrás, a Dudáyev— y, ya en 1994, Ruslán Jasbulátov, durante varios años presidente del Soviet Supremo de la Federación Rusa y enfrentado con Yeltsin tras la disolución del citado Soviet por éste en septiembre-octubre de 1993.

Por lo que parece, de todas las figuras mencionadas sólo Avturjánov veía con buenos ojos el empleo de la fuerza para derrocar a Dudáyev. Por lo demás, entre ellas había notorias diferencias de proyecto político: así, mientras unos consideraban irrenunciable la independencia de Chechenia, otros veían con buenos ojos la integración, con un estatuto especial, en la Federación Rusa. Conviene no olvidar que la oposición que nos ocupa fue visiblemente instrumentalizada, en diversos momentos, desde Moscú.

■ **La economía.** Desde 1991 Chechenia ha vivido en una perpetua zozobra económica. El caos parece haberse extendido al compás de reducciones dramáticas en los niveles de producción, de obstáculos al comercio con el exterior y de una notoria escasez de productos. En modo alguno ha prosperado la demanda general que las autoridades chechenas realizaban a Rusia: la restitución de los recursos, fundamentalmente el petróleo y el gas, que en su momento sustrajo.

La primera explicación de la crisis es simple: Chechenia dejó de percibir las sumas que le asignaban los presupuestos, primero de la URSS y más adelante de la Federación Rusa. Así las cosas, salarios, pensiones y calefacción se vieron reducidos a poco menos que la nada.

A lo anterior se sumaron, claro, los efectos del bloqueo económico con que la Federación Rusa acabó por obsequiar al secesionismo checheno. Es verdad, sin embargo, que ese bloqueo no fue nunca pleno y que por momentos pareció como si las relaciones se normalizasen. Mencionemos dos datos que dan cuenta de esta realidad: por un lado, el gobierno ruso decidió bloquear el aeropuerto de Groznii el 5 de septiembre de 1992, pero al mismo tiempo anunció su deseo de mantener en vigor la medida tan sólo hasta el último día de ese año; por el otro, hubo que aguardar a septiembre de 1994 para que la Federación Rusa bloquease de forma efectiva las comunicaciones ferroviarias con Chechenia.

Hay quien sostiene que la crisis de la industria del petróleo no era tanto el producto de un bloqueo que en la realidad no era pleno, como la consecuencia de la penuria general —no siempre relacionada con aquél— de repuestos y sustancias químicas, y del voluntario abandono del país por muchos técnicos rusos. En los hechos, en la primera mitad de 1994 se había permitido que Chechenia exportase 200.000 toneladas de crudo (un volumen ciertamente muy inferior al común antes

de 1991). Como quiera, eso sí, que el petróleo checheno no podía servirse de la red de oleoductos de la Federación Rusa, la mayor parte de las exportaciones efectivas se dirigían —con inequívoca tolerancia rusa— a las repúblicas del Cáucaso norte y al vecino krai (provincia) de Stávropol. El bloqueo, por lo demás, tenía algún efecto negativo sobre la economía rusa; al respecto se han señalado, por ejemplo, los problemas derivados del casi monopolio del que disfrutaba Chechenia en lo relativo a la producción de aceites lubricantes para aviones.

Otro elemento decisivo en la configuración de la realidad económica lo fue el notorio peso alcanzado por las redes mafiosas. La actividad de estas últimas mitigó, a buen seguro, muchos de los efectos del incierto embargo de Moscú. Ella Panfilova, diputada en la Duma rusa y miembro del partido “Opción de Rusia”, apuntó en su momento que “a través de los clanes mafiosos chechenos, sumas gigantescas han llegado a los bolsillos de altos funcionarios rusos”.

■ **Las disputas etnoterritoriales.** En el convulso período 1991-1994 no han faltado en Chechenia contenciosos relativos a la delimitación de las fronteras. En sustancia esos contenciosos se reducen a cinco:

- El problema de Ingushetia, medianamente resuelto, como ya hemos apuntado, en junio de 1992, al producirse la separación entre Chechenia e Ingushetia.
- Las demandas de creación de distritos autónomos desplegadas por los cosacos terek, y de manera más singular por los cosacos del raión (comarca) de Sunzhenskii. Esas demandas han servido para canalizar, también, algunas de las presiones desestabilizadoras ejercidas por la Federación Rusa.
- Las disputas territoriales, en el este, con la vecina Daguestán: un grupo checheno, los ajin, disputa con los ávaros, una de las tribus más importantes de Daguestán, por un territorio que fue colocado dentro de esta república en 1944 y que antes correspondía a Chechenia-Ingushetia. En febrero de 1992 soldados chechenos colocaron los mojones fronterizos en el lugar que ocupaban en 1944. Los ajin disputan también con otra tribu, los kumikos, en el llamado raión de Novalakskii, situado en la frontera checheno-daguestana; en abril de 1992 se registraron incidentes al respecto.
- El problema territorial de los Nogai, que pujan por obtener una república propia dentro de la Federación Rusa y que, para ello, reclaman territorio en el nordeste de Chechenia (también plantean reivindicaciones con respecto a territorios de Daguestán y del krai de Stávropol).
- Los enfrentamientos, de diferente entidad, registrados en la república centroasiática de Kazajstán entre población local y descendientes de los ciudadanos chechenos deportados en 1944.

■ **Las relaciones exteriores.** La configuración de una Ingushetia autónoma se vio acompañada, al poco, de un conflicto abierto entre ésta y Osetia del Norte, y de un paralelo incremento de la presencia militar rusa, por fuerza amenazante para Chechenia, en el conjunto del Cáucaso norte. Una periodista de Izvestia, Irina Dementieva, apuntó en enero de 1994 que las inyecciones de dinero avaladas por el gobierno ruso en Osetia del Norte —su principal baluarte local— eran mayores que las realizadas en el inmenso conjunto configurado por Tuva, Tatarstán, Daguestán, Kalmukia, Carelia, Buriatia, Saja, Marii-El, Kabardino-Balkaria, Bachkortostán, la península de Kamchatka y la región de Irkutsk.

Un segundo elemento de relieve es el visible apoyo dispensado por el régimen de Dudáyev, desde finales de 1991, al presidente georgiano Gamsajurdia, que a la postre encontró un provisional refugio en Chechenia. Una vez desplazado Gamsajurdia por Shevardnadze, en agosto de 1992 Chechenia apoyó militarmente a los nacionalistas abjazios en su lucha contra el gobierno georgiano.

Un tercer dato que hay que recoger lo configuran los esfuerzos realizados por el régimen checheno para crear estructuras comunes al conjunto del Cáucaso norte. Entre ellas la principal fue sin duda la ya mencionada Confederación de Pueblos Montañeses del Cáucaso (CPMC), buena parte de cuyos intereses se orientaron a crear una república que integrase, en particular, a Abjazia —hoy en Georgia—, Chechenia, Ingushetia, Osetia del Norte, Kabardino-Balkaria y Karachai-Cherkessia.

El objetivo de esa república, que en más de un sentido recordaba a la existente en la región a principios de los años veinte, no sólo parecía estribar en contrarrestar la presumible presión rusa y, al menos en el caso de Abjazia, la ejercida por la Georgia de Shevardnadze. También se hallaba de por medio un designio de preservar la riqueza que, en materias primas, caracteriza a la región y, en ciertos casos, el propósito de mitigar los efectos de algunas de las reformas económicas auspiciadas desde Rusia. Es verdad, sin embargo, que con el paso del tiempo la CPMC pareció moderar sus demandas y, en particular, no le hizo ascos a la perspectiva de una integración en una Rusia entendida a la manera de una “confederación de repúblicas”. En Groznii no faltaron tampoco algunos intentos de establecer lazos con la diáspora chechena, y singularmente con los chechenos residentes en Jordania.

Al margen de todo lo anterior, por último, hay que recordar que Chechenia se automarginó de todos los pactos internos suscritos en la Federación Rusa. No participó, en particular, en el referéndum constitucional y en las elecciones generales rusas celebrados en diciembre de 1993.

## 3 La Federación Rusa en la arena chechena

### ■ *La política nacional de la Federación Rusa*

Muchas han sido las oscilaciones que ha experimentado la política nacional de la Federación Rusa. Antes de la independencia de la propia Federación, su ya entonces presidente, Yeltsin, no dudaba en animar a las repúblicas y regiones que la integraban para que asumiesen cuanta soberanía estuviese al alcance de su mano. Una vez disuelta la URSS, en diciembre de 1991, las cosas cambiaron. Así, en los momentos de crisis aguda —la efímera instauración de un gobierno presidencial directo en marzo de 1993, la disolución del parlamento en septiembre-octubre del mismo año— se hizo evidente que Yeltsin mostraba escaso respeto por las potestades de repúblicas y regiones. El proceso podemos resumirlo en cuatro grandes ideas, alguna de ellas concretada de forma específica en la realidad del Cáucaso norte.

■ Por lo pronto, a partir de 1991 se hicieron sentir signos de una visible voluntad de control por parte del “centro” moscovita. Así, por ejemplo, Yeltsin procedió a nombrar, en las diferentes estructuras de poder territorial, representantes presidenciales encargados de garantizar la compatibilidad entre la legislación local y la estatal. Les otorgó poder, además, para destituir a funcionarios que mostrasen una eventual oposición al presidente.

En el mismo plano, se procedió a designar “jefes de administración” llamados a actuar como auténticos gobernadores regionales. Con nombramientos como éstos era difícil darle crédito a la idea de que el presidente imponía estructuras más democráticas que los soviets que parecía empeñado en disolver: el objetivo era, visiblemente, controlar y desca- bezar oposiciones, y en modo alguno se trataba de democra-

tizar estructuras marcadas por el viejo juego burocrático. En particular, la decisión de propiciar elecciones “locales”, anunciada en el otoño de 1993, respondía al deseo —que a la postre no se satisfizo, toda vez que se impusieron muchos de los dirigentes de siempre— de alentar cambios en la dirección de las instituciones que nos ocupan.

■ En su reyerta con el Soviet Supremo ruso, Yeltsin decidió apoyarse en los poderes republicanos, a los que prometió nuevas atribuciones. Al respecto garantizó, en principio, que las repúblicas conservarían potestades claramente superiores a las de las regiones (al aportar el grueso de los ingresos del Estado, éstas reclamaban una homologación de derechos con aquéllas). El proyecto de Constitución que se discutió en el verano de 1993 describía como soberanas a las repúblicas y le reconocía a sus habitantes una ciudadanía propia. Una y otra condición desaparecieron, sin embargo, cuando en noviembre del mismo año vio la luz la Constitución que sería aprobada en diciembre en un semifraudulento referéndum. Por añadidura, la Constitución referendada era muy ambigua en lo que se refiere a la delimitación de las atribuciones respectivas del centro, por un lado, y de los poderes republicanos y las regiones, por el otro.

Para explicar por qué semejante olvido de los compromisos adquiridos no ha conducido a una rebelión de los poderes republicanos y regionales probablemente hay que invocar dos razones. En un caso concreto singularmente conflictivo, el de Tatarstán, la Federación Rusa se avino a negociar un controvertido tratado que provisionalmente ha mitigado las tensiones. En los demás, la explicación fundamental remite tal vez al caos imperante: las autoridades republicanas han asumido por su cuenta y riesgo derechos y prerrogativas formalmente negados por la Constitución de 1993.

■ Buena parte de las declaraciones de los portavoces gubernamentales han apuntado que las políticas de la Federación Rusa, en el Cáucaso norte como en otros lugares, aspiran a defender los derechos de los rusos residentes fuera del territorio de la Federación. Aunque en el conflicto de Chechenia este argumento no ha sido invocado en demasía, conviene no olvidar que en el Cáucaso norte se hace sentir la presencia de dos “tipos” de rusos: por un lado, quienes llegaron a la región en los últimos decenios, para trabajar en la industria y por lo general con residencia en las ciudades; por el otro, los cosacos, descendientes de los conquistadores del XVIII que conservan costumbres ancestrales y que, ya lo hemos señalado, han planteado algunas demandas a las autoridades chechenas.

■ En el caso del Cáucaso norte se han registrado vivas protestas por efecto de algunos de los proyectos de reforma económica avalados por las autoridades rusas. Conforme a la visión de muchos dirigentes caucásicos, estos proyectos —y en particular los que hacen referencia a la propiedad de la tierra en las zonas rurales— están llamados a generar inmediatas tensiones de carácter étnico, circunstancia que el gobierno ruso, en una arbitrariedad más, parece no haber tomado en consideración.

Como es fácil comprender, elementos como los que acabamos de manejar configuraban, y configuran, un mal antecedente para una resolución equilibrada de los problemas: la política nacional de la Federación Rusa apunta de forma cada vez más clara a una hipercentralización sin concesiones.

### ■ *Las causas de la acción militar*

En el verano de 1994, antes pues de los acontecimientos que han abocado en la acción militar rusa, la realidad de Chechenia podía resumirse del siguiente modo: aunque la situación era ambigua —Rusia no había reconocido de iure al régimen de Dudáyev—, se acumulaban los datos que daban cuenta de un eventual reconocimiento de facto de la inde-

pendencia chechena. Rusia, en particular, no había actuado militarmente, había retirado, en la primavera de 1992, a sus fuerzas armadas y no parecía haberse tomado demasiado en serio, durante largos meses, el embargo económico que en su momento había decretado. El Soviet Supremo de la Federación Rusa apenas le había prestado atención, en fin, a la secesión chechena.

Tras el fracaso de una improvisada toma de Groznii a finales de noviembre de 1994, el ministro de Defensa ruso rechazó en varias oportunidades el recurso a la fuerza para resolver el contencioso checheno. Muchas fuentes parecían estimar que la vía del estrangulamiento económico, entonces más hacedera, estaba llamada a acabar, antes o después, con Dudáyev. Pese a ello, y de manera sorpresiva, el 11 de diciembre de 1994 el ejército ruso entró en Chechenia con el visible propósito de poner fin al régimen instaurado en el otoño de 1991.

Ninguna duda razonable existe con respecto a un hecho: la decisión de actuar militarmente en Chechenia fue adoptada por el poder civil en Moscú. Acaso, y pese a las apariencias, no fue muy grata para las fuerzas armadas, que en su acción exhibieron, de cualquier modo, una notoria improvisación. La operación no fue en forma alguna un paseo militar —como parecía pensar el ministro de Defensa ruso, Grachov, cuando anunció que la toma de Groznii era tarea de un par de horas para un destacamento de paracaidistas— y encontró una mayor resistencia de la esperada. Al poco se hicieron evidentes varias circunstancias: el crecimiento del número de bajas por ambos bandos, la extensión del conflicto, la destrucción de núcleos de población enteros y un grave riesgo de catástrofe ecológica. Las autoridades rusas mostraban una notoria falta de previsión con respecto a tres horizontes: una futura administración militar, una eventual resistencia guerrillera y una posible extensión del conflicto a otros lugares del Cáucaso norte.

Difícilmente se puede entender la acción militar rusa en Chechenia si sólo se toman en consideración los datos que dan cuenta de la situación en ese pequeño territorio. La acción militar ha respondido, antes bien, a los avatares de la vida política propia, y a los intereses generales, de la Federación Rusa. Al respecto pueden mencionarse los siguientes factores:

■ En un momento en que en Rusia ha empezado a cobrar alas, con claridad, un discurso imperial, era difícil imaginar que Chechenia mantuviese su relativa independencia. Ello resultaba tanto más evidente cuanto que los signos de progreso de ese discurso se hacían sentir de dos formas: en términos de nombramientos de personas —así, entre los colaboradores más directos de Yeltsin y en la cúpula de las fuerzas armadas— y en términos de actuaciones contundentes en escenarios como Moldavia, Georgia o Tadzjikistán.

■ El gobierno ruso, con Yeltsin a la cabeza, parece haber recurrido a un procedimiento muy común en la Europa central y oriental contemporáneas: la búsqueda de enemigos externos en la confianza de que la población olvidará sus problemas económicos y sociales, que como se sabe no son precisamente menores. Chechenia, en particular, era una carta interesante que podía ser empleada en un escenario en el que día tras día el gobierno ruso promete crecimiento económico y estabilidad financiera sin que ni uno ni otro se hagan valer en la realidad.

■ Varios condicionantes “geoestratégicos” y “geoeconómicos” han podido ejercer también su influencia. Así, el Cáucaso norte es hoy la frontera meridional de Rusia con países muy conflictivos, y de manera más genérica con el Islam. Al respecto es evidente que a Moscú le interesa reforzar una frontera que por el momento se halla livianamente sustentada en una alianza, no exenta de fisuras, con tres territorios “cristianos”: Georgia, Armenia y Osetia del Norte.

Es ilustrativo que desde 1992 las fuerzas armadas rusas hayan puesto todo su empeño en vigorizar su presencia en dos escenarios: el Cáucaso norte y los Urales.

A lo anterior se agregan algunos datos económicos de relieve. Uno de ellos es la importancia, bien que relativa, de la producción petrolera de Chechenia. El otro obliga a recordar que por el territorio de esta última pasan oleoductos y gaseoductos de valor innegable, así como el propio ferrocarril transcaucásico.

■ Otra de las razones de la acción rusa bien puede haber sido el designio de poner freno a una eventual extensión del ejemplo checheno a todo el Cáucaso norte. Por detrás se encontrarían, además, otros objetivos. Uno de ellos estribaría en dejar claro qué es lo que espera a quienes decidan seguir la vía chechena (algo imaginable en casos como los de Tatarstán, Bashkortostán, Saja u otras repúblicas del Cáucaso norte). Otro consistiría en poner sobre aviso a quienes puedan sentir la tentación de plantear reivindicaciones sobre territorios hoy en manos de Rusia (así, Estonia o, en lo que a las aguas del Caspio se refiere, Kazajstán y Azerbaiyán). Tal y como lo han apuntado dos periodistas de *Moskóvskiyé nóvosti*, se trataría de “cerrar la puerta con energía suficiente como para que vibren los cristales de los vecinos”.

■ Con arreglo a determinadas lecturas, detrás de la acción militar en Chechenia estaría también el propósito de hacer olvidar el fracaso de las operaciones militares que a partir de septiembre de 1994 desplegó la oposición chechena con visible apoyo de Moscú. Esas acciones confluyeron, no se olvide, en un estruendoso fracaso: el intento de ocupación de Groznii realizado el 26 de noviembre de 1994. Es cierto que esta acción militar suscitó también otra interpretación: a su amparo Moscú habría provocado, deliberadamente, el fracaso de la operación con el propósito de desacreditar a la oposición chechena, desprenderse de ésta y abrir el camino a la intervención de diciembre.

■ Hay quien piensa, en fin, que la influencia de las mafias —y entre ellas las militares— en la toma de decisiones es tal que a duras penas puede explicarse lo ocurrido sin calibrar los acuerdos subterráneos presuntamente suscritos, en 1991, por las mafias rusas y la dirección chechena. Las mayores exigencias planteadas, el pasado verano, por las primeras habrían sido rechazadas por Dudáyev, circunstancia que al poco habría suscitado una mayor presión militar rusa.

En el mismo plano hay que recordar que en noviembre de 1994 aparecieron en los mercados de valores occidentales las primeras acciones de los complejos chechenos de producción de petróleo y gas. De acuerdo con una versión de los hechos, la conciencia de que Chechenia escapaba de forma efectiva al control de las autoridades —y de las mafias— rusas provocó un cambio, un endurecimiento, en la estrategia de Moscú, que abandonó las presiones “políticas” en pro de acciones francamente militares.

Datos como los anteriores remiten por fuerza a una formidable fusión de intereses, en Rusia, entre gobierno y mafias. Para encontrar algo parecido hay que volver la vista hacia algunos países del Tercer Mundo en los que, por cierto, la tradición golphista está, en las fuerzas armadas, muy arraigada.

## ■ *La debilidad de los argumentos*

### *rusos*

El carácter del régimen de Dudáyev es el único dato sólido en que puede apoyarse la sangrienta operación militar —una auténtica guerra de conquista— desplegada por Rusia en Chechenia. Y es que la mayoría de los datos se vuelven contra Rusia y obligan a cuestionar abiertamente su acción militar.

Por lo pronto, a estas alturas parece poco relevante el principal de los argumentos aducidos por Moscú: el que da cuenta del carácter unilateral, y no ajustado a derecho, de la declaración de independencia de Chechenia. En el escenario checheno se ha hecho notar una larga serie de unilateralidades previas, entre las que se cuentan una conquista militar, la rusa, realizada dos siglos atrás; la posterior ratificación, tras la revolución de Octubre, de la vieja lógica imperial, o la masiva deportación de ciudadanos chechenos operada en 1944. Por si poco fuera, a las puertas del conflicto actual está una decisión unilateral más: la que en 1991 dio en reconocer a las repúblicas federadas soviéticas un derecho a la independencia que, sin embargo, se negó a entidades que, como Chechenia, tenían un rango menor. Si artificial era el estado soviético, semejante distinción en cuanto a atribuciones tiene que resultar inevitablemente caprichosa.

Pero es que, y en segundo lugar, las autoridades rusas ensamblan los datos a su capricho. Es fácil impugnar el procedimiento desplegado en el otoño de 1991 por las autoridades chechenas. Pero no podemos olvidar que muchas de las decisiones de Dudáyev recibieron un inicial respaldo de Moscú. Esto aparte, el gobierno ruso no parece en posición de dar lecciones de democracia: si por un lado la independencia de la propia Federación Rusa no se asentó —como hubiera sido deseable— en un previo referéndum de autodeterminación, los medios de comunicación rusos rebosan de informaciones, por otro, que dan cuenta de un auténtico pucherazo en las elecciones generales y en el referéndum constitucional celebrados en diciembre de 1993. Y, puestos a ser exigentes, habría que preguntarse cuáles han sido los asientos legales del embargo económico y de las acciones armadas que han tenido a Chechenia como víctima en los últimos meses.

Un tercer dato contribuye a desdibujar aún más los argumentos de Moscú: ya hemos señalado que desde finales de 1993 la Constitución de la Federación Rusa establece unas reglas del juego caracterizadas por una visible apuesta centralizadora. En el caso de Chechenia, además, no parece que hayan sido muchas, ni consistentes, las concesiones rusas en las negociaciones que se han desarrollado en la sombra. Serguéi Kovaliov, el ombudsman de la Federación Rusa, se ha referido sin tapujos a este hecho.

Pero si se quiere ahondar aún más en heridas y contradicciones, hay que recordar que Moscú desplegó en 1992 en Moldavia el mismo procedimiento que ahora le reprocha a Dudáyev: la secesión unilateral de un territorio, entonces la llamada república del Transdniestr, que con arreglo a lo pactado en diciembre de 1991 se encontraba inequívocamente bajo soberanía moldava. Y, dicho sea de paso, la Federación Rusa no ha alterado la esencia de su posición con respecto a la república del Transdniestr.

## ■ *La crisis política en Rusia*

Chechenia ha servido como excusa para una reordenación de las relaciones políticas en Rusia que ha acabado por convertirse en una auténtica convulsión. Rasgo central de la nueva situación es acaso el hecho de que el presidente Yeltsin se ha encontrado con la oposición de figuras y de fuerzas que tradicionalmente lo han apoyado; el caso más significado es, sin duda, el de Yégor Gaidar y su partido “Opción de Rusia”, que parecen haber inaugurado una etapa de colisiones con el presidente. No es aventurado afirmar que nunca en los últimos años se ha encontrado Yeltsin en una tesitura más delicada.

■ *El aparato gubernamental y sus fisuras.* Tal y como se acaba de señalar, el aislamiento de Yeltsin es hoy mayor que nunca. Los apoyos del presidente se reducen a poco más que un reducido grupo de asesores de reciente promoción y escasa experiencia. Es verdad que Yeltsin cuenta también con un respaldo, menos claro que el anterior a la luz de

experiencias recientes, en el equipo gubernamental de la Federación Rusa y en la cúpula de las fuerzas armadas. Baste con recordar que el primer ministro Chernomirdin, representante directo de los intereses del complejo energético, ha chocado en repetidas oportunidades con Yeltsin, y que la propia operación de Chechenia ha suscitado entre los asesores presidenciales más de una crítica acerva del comportamiento de la cúpula militar, circunstancia que por fuerza tiene que provocar, antes o después, distanciamientos entre Yeltsin y aquélla.

Algo de lo anterior remite a la existencia de fisuras en el propio aparato presidencial-gubernamental. Así lo testimonian varios datos. El primero lo configuran las críticas recibidas por dos figuras —Korzhakov y Yegórov— que al parecer ejercen una gran influencia en Yeltsin. El segundo remite a los ya mencionados comentarios, poco cariñosos, que sobre la acción de las fuerzas armadas han realizado el portavoz presidencial, Kóstikov, y el viceprimer ministro Shajrai. La operación en Chechenia ha sido contestada, en tercer lugar, por figuras como Kalmikov, ministro de Justicia, y Danilian, ministro de Medio Ambiente. También han protestado, en fin, miembros del propio Consejo presidencial, como el escritor Kariakin, para quien el citado órgano no desempeña hoy función alguna.

■ *Las fuerzas políticas.* Junto a las fisuras en el aparato de dirección hay que dejar constancia, en segundo lugar, del giro que han asumido algunas fuerzas políticas que hasta hace bien poco respaldaban a Yeltsin. Es el caso, de manera singular, de “Opción de Rusia”, la formación dirigida por Yégor Gaidar. No hay razones poderosas para concluir, sin embargo, que Gaidar rechaza con rotundidad el discurso imperial en ascenso: más bien parece que ha encontrado en Chechenia un buen motivo para mostrar su descontento con la marginación que experimenta desde principios de 1994, y con el progresivo abandono de algunos de los términos de su “terapia de choque”. Gaidar es consciente, por lo demás, de la conveniencia de marcar distancias con respecto a un Yeltsin que pierde terreno por momentos. Otro tanto sucede, probablemente, con figuras como Yavlinskii, Búrbulis o Poltoranin.

También se han opuesto a la acción militar, no lo olvidemos, una figura tan emblemática como Elena Bonner, la viuda de Sájarov, y una parte de la cúpula de la Iglesia ortodoxa. Los únicos dirigentes del “reformismo radical” que han respaldado con claridad a Yeltsin son el ministro de Asuntos Exteriores, Kózirev, que ha abandonado “Opción de Rusia”, y Fiódorov, responsable del grupo parlamentario “Unión 12 de diciembre”.

Más difícil es analizar la posición adoptada por el Partido Liberal Democrático de Zhirinovskii. Hoy a la baja, este último se mostró al principio hostil a la operación en Chechenia: por detrás estaba acaso una incipiente conciencia de que Yeltsin le estaba robando el discurso y de que, así las cosas, nada bueno se derivaba de un apoyo a las decisiones gubernamentales. Después, y tras asumir posiciones ambiguas, Zhirinovskii ha apoyado con contundencia la represión del secesionismo checheno, en lo que se antoja una operación de dudosa utilidad política para su proyecto.

Tardía y leve ha sido, en fin, la reacción entre los poderes republicanos dentro de la Federación Rusa. Más de un mes después del inicio de las operaciones militares en Chechenia, las autoridades republicanas todavía estaban sopesando la posibilidad de reunirse para analizar las presumibles consecuencias de los acontecimientos en el Cáucaso norte. No había noticias, por lo demás, de reacciones significativas en los países miembros de la CEI.

El creciente descrédito popular de la figura de éste es un elemento que puede contribuir, sin embargo, a agudizar la crisis política. Bien es verdad que para muchos rusos lo más grave no es la perversión que rezuman las decisiones yeltsinianas, y sí su carácter improvisado y la falta general de rumbo que parecen exhibir las políticas oficiales.

■ **Las fuerzas armadas.** Los acontecimientos de Chechenia han revelado signos claros de fisura, también, en las fuerzas armadas rusas. Baste con recordar al respecto dos hechos acaecidos en diciembre de 1994: la decisión del general Bárbichev de no obedecer las órdenes recibidas y las dimisiones de los también generales Voroviov y Poliakov. Agréguese, si así se quiere, los gestos de disconformidad mostrados por figuras de innegable relieve como Grómov y Lébed.

La crisis en algo recuerda a lo ocurrido en abril de 1989 en Tbilisi, en enero de 1990 en Bakú y un año después en el Báltico, cuando las fuerzas armadas fueron empleadas en tareas de represión de movimientos nacionalistas. Ya entonces se hicieron valer en la cúpula militar soviética, en una contradictoria amalgama, opiniones dispares: si por un lado se cuestionaba la pertinencia de asignar a las fuerzas armadas cometidos que se suponían propios de los aparatos policiales, por el otro los militares parecían aceptar de buen grado un papel protagónico en la “resolución” de problemas que evidentemente les preocupaban.

En más de un sentido el caso de Chechenia remite a una situación similar. Pese a que la normativa legal atribuye a las fuerzas armadas un claro cometido al respecto, algunos militares estiman que no les corresponde resolver un problema que los propios portavoces gubernamentales convienen en calificar de “interno”. Los militares contestatarios han hecho suyo, por añadidura, lo que en estas horas es un lugar común en la opinión pública rusa: la convicción —efecto de una mezcla de desidia, desprecio y xenofobia, y no de una genuina liberalidad— de que Chechenia es un territorio ajeno, con la paralela aceptación de su independencia. Al menos a primera vista, lo anterior desmiente el vigor de las querencias imperiales que es inevitable asociar con el masivo respaldo electoral ofrecido por los militares a Zhirinovskii en diciembre de 1993. La explicación reside, tal vez, en que ese apoyo, que mucho tenía de protesta general poco tramada, no alcanzaba necesariamente a las concepciones geoestratégicas de Zhirinovskii, nada concesivas en lo que respecta al Cáucaso norte. Junto a ello hay que dar cuenta, sin embargo, de algunos datos más. El primero remite por fuerza a la delicada situación económica que atraviesan los militares: en algunos casos la necesidad de pan se ha impuesto, una vez más, a la reivindicación del imperio, de tal suerte que la asignación de un cometido evidentemente duro —una acción bélica en toda regla—, lejos de reducir la conciencia sobre los problemas más prosaicos, la ha acrecentado. La efectividad del aparato militar se resiente, así, cuando las espaldas no están bien cubiertas.

Lo anterior apunta, en segundo lugar, a un incipiente sentimiento de instrumentalización por el poder político. Muchos militares se preguntan por qué la intervención en Chechenia se ha postergado tres años, y concluyen que no debía ser tan grave el problema. Por momentos se hace evidente que lo que ha conducido a la situación actual no es el designio de imponer la ley, o de preservar los derechos de los rusos: es la precaria situación, y los intereses coyunturales, de la élite gobernante.

En tercer lugar, parece haberse acrecentado la desconfianza con respecto a un mando en el que se dan cita corrupción, escasa profesionalidad y las secuelas del plegamiento, en octubre de 1993, a los caprichos de Yeltsin. La institución militar está claramente corroída, como lo demuestran por igual los numerosos casos de indisciplina y la tibieza de las sanciones. Por no estar claro ni siquiera lo está —véanse las contradicciones en que ha incurrido el ministro Grachov— de dónde proceden las órdenes. Hay que darle la razón, en esto, al presidente checheno, Dudáyev, quien a menudo se ha referido a “los cancilleres negros, secretos, del antiguo imperio”, cuando no ha recordado que “si la evaluación de los hechos, la previsión y el civismo fuesen dignos de tales nombres en Rusia, no habría tiros, desgracias y lágrimas”.

A lo anterior, que explica por qué los militares no siempre siguen a unos jefes en los que no confían, se agrega el efecto de las disensiones en el propio mando. Es notorio que figuras bien situadas en la cadena jerárquica y en las adhesiones, como Grómov y Lébed, se opongan a una intervención que acaso en otros momentos, y con ellos como protagonistas, hubieran respaldado; en 1992 Lébed fue más lejos, por cierto, en Moldavia. Bien situados en la jerarquía de mando y en las encuestas, tanto Grómov como Lébed estarían echando mano del contencioso checheno para reavivar sus intereses personales. Si unas veces su enemigo es el propio Grachov, en quien aprecian la encarnación de la corrupción y el plegamiento a impresentables intereses políticos, en otras lo son figuras en ascenso como Korzhakov, el responsable de la seguridad del presidente. Con la promoción de “afganos” y militares duros, Yeltsin no ha conseguido, de cualquier modo, lo que se proponía: calmar ánimos y aunar voluntades.

Un último factor invoca las peculiares circunstancias que han rodeado la acción militar en Chechenia: improvisación, exceso de confianza, inexperiencia, desconocimiento del entorno y falta de preparación de las unidades. Este es sin duda el flanco más débil de la posición del ministro de Defensa, Grachov.

■ **Los medios de comunicación y la opinión pública.** La recepción de la crisis chechena en Rusia ha revelado que en ésta existen, todavía, unos medios de comunicación capaces de contestar las políticas oficiales. Aunque han podido atizar la conciencia popular con respecto a Chechenia, no hay que hacerse ilusiones, sin embargo, en lo que se refiere a las posiciones de la mayoría de los rusos.

Las encuestas revelan, es cierto, que al menos en las grandes ciudades son minoría quienes han respaldado las acciones militares. Pero no se trata de que la opinión pública rusa acepte, por convencimiento y liberalidad, la independencia de Chechenia. Por momentos parece que el objetivo es desprenderse, con innegable desprecio y xenofobia, de un territorio cuyos habitantes han sido sistemáticamente satanizados. Muchas gentes han hecho suya, en otras palabras, una visión de las cosas bien plasmada en un libro, *Cómo reorganizar Rusia*, escrito por Solzhenitsin un lustro atrás: hay que fortalecer el “núcleo ruso” y olvidarse de países que, como los del Cáucaso y el Asia central, no han sido otra cosa que rémoras.

Esto aparte, uno de los elementos centrales de la propaganda gubernamental —la identificación entre chechenos, mafias y terrorismo— ha producido acaso un efecto contrario al deseado: si la identificación reseñada es veraz —parecen pensar muchos rusos—, es preferible que los chechenos tengan un estado propio y no puedan moverse a sus anchas por la Federación Rusa. No falta, claro, quien apunta más lejos y piensa que la psicosis generada en Rusia con respecto a los chechenos no es sino un anuncio, que nada tiene que ver con la crisis en el Cáucaso norte, de eventuales restricciones en libertades y derechos civiles. No conviene olvidar, de cualquier modo, que los signos de una incipiente xenofobia dirigida contra los caucasianos no son de ahora: en 1993, en los días siguientes a la disolución del Soviet Supremo de la Federación Rusa, numerosos caucasianos fueron expulsados de la ciudad de Moscú por las autoridades municipales.

## 4 Conclusiones

■ El debate que se encuentra en el trasfondo de la crisis chechena es muy complejo, y en última instancia remite a la confrontación de dos razonamientos. El del gobierno ruso se asienta en la idea de que las autoridades chechenas han

incumplido la ley, y en una de sus dimensiones pretende reducir el riesgo de una eventual extensión del ejemplo checheno. Por lo que al régimen de Dudáyev se refiere, se ha ocupado en subrayar las arbitrariedades cometidas en el pasado y ha llamado la atención sobre un doble hecho. Por un lado, la independencia de la Federación Rusa, una realidad en 1991, se ajustó a procedimientos legales tan discutibles como los que se hicieron valer de la mano de la declaración de independencia de Chechenia. Por el otro, Rusia no ha dudado en avalar en un escenario distinto, Moldavia, fórmulas muy semejantes a las empleadas por las autoridades chechenas.

■ Tanto el gobierno ruso como su homólogo checheno han demostrado un escaso compromiso con el juego democrático y una muy menguada voluntad negociadora. La satanizada figura de Dudáyev no es al respecto muy diferente de la de un Yeltsin que parece apostar con descaro por fórmulas autoritarias, ignora el principio de división de poderes y opta por reforzar los cometidos y capacidades de los aparatos de seguridad y de las fuerzas armadas. Conviene recordar que el parlamento ruso ha sido un convidado de piedra en la crisis, y que al parlamento checheno, disuelto en 1993, ni siquiera le ha podido corresponder ese papel.

■ En el caso de la Federación Rusa, y desde 1992, hay un evidente pulso para recuperar, en la arena internacional, el terreno perdido. En Rusia se está produciendo un claro renacimiento de un discurso imperial que aparece adobado de perfiles militares y autoritarios. A estas alturas sólo los más ingenuos pueden sentirse sorprendidos de que sea Yeltsin quien encabece ese movimiento.

Los signos del proceso que nos ocupa se manifiestan en el interior de la Federación Rusa —auge de proyectos centralizadores, acción militar en Chechenia—, en el ámbito de la CEI —asunción de un auténtico derecho de injerencia del que hay signos en Moldavia, Georgia y Tadjikistán; presiones sobre Ucrania— y en otros muchos escenarios internacionales —respaldo a las autoridades serbias, freno a los acuerdos de control de armamentos— en los que la colaboración occidental ha sido, sin duda, decisiva.

Las cosas así, es preciso asumir un doble rechazo, que debe afectar tanto a las políticas rusas como a las eventuales provocaciones occidentales. En la periferia de la vieja Unión Soviética, muchas gentes han tenido ya la oportunidad de comprobar, de cualquier modo, qué es lo que significan la soberanía y la independencia cuando el gigante del Norte se coloca de por medio.

■ La acción militar rusa en Chechenia no está exenta de riesgos. Si por un lado ha acabado por levantar la decaída imagen de Dudáyev, por el otro plantea muchas incógnitas de futuro. Así, es difícil dar crédito a quienes piensan que la evidente superioridad del ejército ruso le permitirá limpiar de “rebeldes”, sin más, el territorio de la república secesionista; debe augurarse, muy al contrario, la consolidación de una activa resistencia guerrillera. Esto aparte, el conflicto podría extenderse a otras repúblicas del Cáucaso norte, como Ingushetia, Daguestán o Kabardino-Balkaria. De ocurrir lo anterior, un escenario parecido al de Afganistán podría cobrar cuerpo, y en ese caso los efectos internos en Rusia estarían llamados a multiplicarse en forma de crisis y escisiones políticas muy hondas.

Existe, por añadidura, un fermento de incertidumbre económica: el coste de la operación militar —según una estimación, unos 125.000 millones de pesetas, a los que habría que agregar los eventuales costes de reconstrucción de Groznii y de otras localidades, evaluados en unos 350.000 millones— desequilibra visiblemente los presupuestos. Esto aparte, la operación chechena parece llamada a traducirse, también, en un reforzamiento de la industria militar en Rusia, con consecuencias no precisamente saludables para el conjunto de la economía.

■ Como en tantos otros escenarios, las potencias occidentales han demostrado no estar a la altura de los acontecimientos. La acción militar rusa se ha desarrollado en medio del silencio, cuando no la complacencia, del mundo occidental. Al respecto la argumentación más manida ha sido la que ha subrayado el carácter “interno” del contencioso checheno. Las cosas así, Occidente ha venido a darle alas a una intervención militar que no sólo ha puesto de manifiesto la inexistencia, en Rusia, de un marco legal concesivo y el rechazo, por Yeltsin, de una eventual vía negociadora, sino que se ha caracterizado, también, por el empleo de una violencia indiscriminada que ha ocasionado numerosísimas víctimas civiles.

El apoyo occidental a Yeltsin —amparado a veces en una manifiesta ingenuidad, como es la que da en pensar que ignora buena parte de lo que ha ocurrido en Chechenia— parece equivocado incluso en los términos de los intereses que defienden nuestros gobiernos. La gestión del presidente ruso hace aguas por todas partes, y sus querencias imperiales parecen cada vez más difíciles de refrenar. Ya se ha subrayado que ello algo tiene que ver, claro, con las políticas occidentales, bien poco generosas y cada vez menos preocupadas por una genuina democrati-

**Tabla 1** *Los territorios del Cáucaso norte (1991)*

Estados	Superficie (km <sup>2</sup> )	Habitantes	Capital	Grupos étnicos (%)
Adigueya	7.600	432.000	Maikop	Rusos (68); adigueyos (22).
Chechenia	19.300	1.271.000	Groznii	Chechenos (58); rusos (23); ingushetios (13).
Ingushetia-Daguestán	50.300	1.802.000	Mujachkala	Avaros (26); darguinos (16); kumikos (13).
Kabardino-Balkaria	12.500	754.000	Nalchik	Kabardinos (48); rusos (32); balkares (10).
Karachai-Cherkessia	14.100	415.000	Cherkessk	Rusos (42); karachais (31); cherkesses (10).
Osetia del Norte	8.000	632.000	Vladikavkaz	Osetios (53); rusos (30); ingushetios (5).

Fuente: Krag y Funch, *The North Caucasus*.

zación de la vida rusa. Yeltsin es plenamente consciente, además, de lo que Occidente ha legitimado en Bosnia-Herzegovina: si en Bosnia se ha recompensado a los “señores de la guerra” —no otra cosa que eso es el plan de partición del llamado “grupo de contacto”—, no hay razón alguna para que en Chechenia, o en cualquier otro escenario, se rechace el uso de la fuerza o se conteste el empleo de ésta contra la población civil.

■ Por detrás de la crisis chechena se encuentra el peso, cada vez más decisivo, que las mafias ejercen en la vida rusa. Ya nos hemos referido a algunos de los avatares económicos que a buen seguro están detrás de los acontecimientos más recientes. Difícilmente puede entenderse nada de lo que ocurre en Rusia si no se toma en consideración quién mueve muchos de los hilos. Y al respecto, como ya hemos apuntado en su momento, es inevitable reseñar una alarmante fusión de intereses entre el poder político y unas mafias omnipresentes.

## BIBLIOGRAFÍA

- Akiner, Shirin, *Islamic Peoples of the Soviet Union* (KPI, Londres, 1986).
- Bennigsen, Marie (dir.), *The North Caucasus Barrier. The Russian Advance Towards the Muslim* (Hurst, Londres, 1992).
- Blanc, André y Henri Chambre, *La URSS* (Ariel, Barcelona, 1974).
- Blandy, C.W., “A Compendium of Conflict in the Caucasus”, en *Conflict Studies Research Center* (RMA, Sandhurst, 1994).
- Caratini, Roger, *Dictionnaire des nationalités et des minorités en URSS* (Larousse, París, 1990).
- Carrère d’Encausse, Hélène, *Victorieuse Russie* (Fayard, París, 1992).
- Chechnia. A Report of an International Fact-finding Mission 24 September to 3 October 1992* (International Alert, Londres, 1992).
- Eickelman, Dale F. (dir.), *Russia’s Muslim Frontiers* (Indiana University Press, Bloomington, 1993).
- Ferro, Marc (dir.), *L’état de toutes les Russies* (La Découverte/IMSECO, París, 1993).
- Gosudárstvennii Komitet SSSR po Statístike, *Naródnoye jotsiaistvo SSSR* (Finansi i Statístika, Moscú, anual).
- Gosudárstvennii Komitet SSSR po Statístike, *Naseléniye SSSR* (Finansi i Statístika, Moscú, anual).
- Krag, Helen y Lars Funch, *The North Caucasus. Minorities at a Crossroads* (MRG, Londres, 1994).
- Nekrich, Aleksandr, *The Punished Peoples. The Deportation and Fate of Soviet Minorities at the end of the Second World War* (Norton, Nueva York, 1978).
- Sakwa, Richard, *Russian Politics and Society* (Routledge, Londres, 1993).
- Sellier, Jean y André Sellier, *Atlas des peuples d’Orient* (La Découverte, París, 1993).
- Smith, Mark, “Russia’s Regions. Attitudes to Central Authority”, en *Conflict Studies Research Center* (RMA, Sandhurst, 1994).
- Unger, Michael, *GUS. Völker und Staaten* (Wilhelm Heyne, Munich, 1992).
- Vachnadze, Gueorguii, *Goriáchiye točki Rossii* (Ltd., Moscú, 1993).
- Vachnadze, Gueorguii, *Les mafias militaires du Kremlin* (Ellipses, París, 1994).
- Wixman, Ronald, *The Peoples of the USSR. An Ethnographic Handbook* (Macmillan, Londres, 1984).
- Le Courrier International, The Guardian Weekly, Le Monde Diplomatique, El Mundo, La Nouvelle Alternative, El País, RFE/RL Research Report.*



Carlos Taibo, *El conflicto de Chechenia: una guía de urgencia*, Cuadernos Bakeaz, nº 7, febrero de 1995.

© Carlos Taibo, 1995; © Bakeaz, 1995

*Las opiniones expresadas en estos trabajos no coinciden necesariamente con las de Bakeaz.*

**Cuadernos Bakeaz** es una publicación monográfica, bimestral, realizada por personas vinculadas a nuestro centro o colaboradores del mismo. Aborda temas relativos a economía de la defensa, políticas de seguridad, educación para la paz, guerras, economía y ecología; e intenta proporcionar a aquellas personas u organizaciones interesadas en estas cuestiones, estudios breves y rigurosos elaborados desde el pensamiento crítico y desde el compromiso con esos problemas.

**Director de la publicación:** Josu Ugarte • **Consejo asesor:** Joaquín Arriola, Roberto Bermejo, Xabier Etxeberria, Adolfo Fernández Marugán, Rafael Grasa, Xesús R. Jares, José Carlos Lechado, Arcadi Oliveres, Jesús M<sup>a</sup> Puente, Jorge Riechmann, Antonio Santamaría, Ruth Stanley, Carlos Taibo, Fernando Urrutikoetxea • **Primeros títulos:** 1. Carlos Taibo, *Quince preguntas sobre los conflictos yugoslavos*; 2. Xabier Etxeberria, *Antirracismo*; 3. Roberto Bermejo, *Equilibrio ecológico, crecimiento y empleo*; 4. Xabier Etxeberria, *Sobre la tolerancia y lo intolerable*; 5. Xabier Etxeberria, *La ética ante la crisis ecológica*; 6. Hans Christoph Binswanger, *Protección del medio ambiente y crecimiento económico*; 7. Carlos Taibo, *El conflicto de Chechenia: una guía de urgencia* • **Próximos títulos:** 8. Xesús R. Jares, *Los sustratos teóricos de la educación para la paz*; 9. Juan José Celorio, *La educación para el desarrollo*; 10. Angela da Silva, *Educación antirracista e interculturalidad*; 11. Pedro Sáez, *La educación para la paz en la reforma educativa* • **Diseño:** Jesús M<sup>a</sup> Juaristi • **Fotocomposición:** ABD • **Impresión:** Grafilur • **ISSN:** 1133-9101 • **Depósito legal:** BI-295-94

**Suscripción anual** (6 números): 1.200 pts. • **Suscripción de apoyo:** 1.800 pts. • **Forma de pago:** cheque bancario o giro a nombre de Bakeaz; o transferencia a la c/c 38-3062621-8, de Bilbao Bizkaia Kutxa, Agencia 365, C/ Bergara, 48012 Bilbao • **Adquisición de ejemplares:** estos cuadernos, y otras publicaciones de Bakeaz, se pueden adquirir en Librópolis. Gral. Concha, 10. 48008 Bilbao. Tel. (94) 444 95 41. Fax (94) 422 07 30. Su PVP es de 200 pts./ej.



**Bakeaz.** Centro de documentación y estudios para la paz, es un organismo de carácter no gubernamental, independiente y sin ánimo de lucro. Está formado por un grupo de personas, vinculadas a los medios universitarios y pacifistas vascos, que intenta profundizar en el conocimiento de temas como la militarización de las relaciones internacionales, las políticas de seguridad, la producción y el comercio de armas, la relación entre economía y ecología, o la educación para la paz. Cuenta para ello con una biblioteca y hemeroteca especializadas, y con diferentes recursos pedagógicos, para así asegurar el objetivo de proporcionar información, recursos y asesoramiento. Asimismo, realiza estudios e investigaciones, publica trabajos propios o ajenos, organiza seminarios y cursos, y colabora con los medios de comunicación.

Bakeaz • Avenida Zuberoa, 43 bajo • 48012 Bilbao • Tel. (94) 421 37 19 • Fax (94) 421 65 02

